"LOS QUE TENIAMOS DOCE AÑOS", POR ERNST GLAESER (5)

Mientras el libro de Remarque es un retorno tel tema del frem te, y por tanto un exfuerzo para extraer de un filón expltado ya por sucesivos e. quipos de novelistas, de Barbusse y Latzke a Dorguelés y Cendrans algunas onzas de metal puro, el libro de Ernst Claes r * Jahrgang 1902 traducido al español con el título de los que teníamos doce años y al francés con el de Classe 1922 enfoca la guerra desde un ángulo nuevo. No es, por cierto, la primera novela del re troffente, de la retaguardia. Leyendo sus últimas páginas es ineludible el recuerd de El hombre es bueno de Leonhard Frank. Pero la patética obra de Leonhard) transida de la emoción del instante en que la guerra se trasforma en la revoluei ción, es un documento de una generación ya adulta. Jahrgang 1902, en tanto, es el testimonio de la generación a la que su edad preservó del enxrolamiento y cuyo juicio de la historia y de los hombres se forma en el periodo 1914-18. De esta 3 generación ha dicho Andrés Charsón que no tuvo mayores Crecer desvinculada de 3 las que peléan en el frente, sin exceptuar la que alcanza solo las jornadas de X 1918. Andrés Chamson y Jean Prevost han escrito sobre la precoa experiencia polí tica de esta juventud. El tema de ambos es la crisis de los años 1918-19, Pero nos hacía, falta la versión completa de una adolescencia transcurrida bajo el signo de la guerra. Los que tenían dieciocho años al pactarse el armisticio, se sentian prematutamenteta encargados de reconstruir Europa desde sus cimiento tos Su temprana responsabilidad política era un apremio para la acción. Urgidos a decidir respecto al nuevo curso de la historia, no les era dado reconstituir morosamente cuatro años de insólita y dramática preparación para la vida. El + testimonio sabre este periodo tenía que sernos apostado por los mas jóvenes por los que en 19i4 tenían apenas Et años.

En esta ciudad francesa de provincia, no visitada por el hambre ny las bombas de los aviones Raymond Radiguet pudo pensar que par su generació algo así como unas largas vacaciones. El protagonista de Le Dia-

ble au Corps a cubierto de toda penuria, es un pequeño "profiteur" del retrofrente. La guerra, que retiene en las trincheras a los hombres válidos, permite
a los adelescentes de Gimnasio el lujo precoz de una querida, de una mujer casa
da, joven y bonita gozada al amparo de cierto relajamiento bélico de los estudios y los hábitos. Era lógico que la guerra dejara en esta juventud, la impresión de unas vacaciones de las que guardabas, sobre todo, el regusto de la anticipación de los placeres adultos, la saudade de un tremprano acceso a la alcoba
de las casadas apetecidas vagamente desde los primeros presentimientos de la
pubertad.

El sentimiento de la generación de Glacser, de los que temán doce años, se resu me en esta frase. La guerra -ce sont nos parents... La guerra-son nuestros pa dres .. "La clase de 1922 se siente extraña y distinta de las que aceptan y ha cen la guerra.

Toda su educación no se había propuesto, sin embargo, otro objeto que el de asig narle una misión en una Alemania imperialista y victoriosa. Glasser nos presena los pequeños protagonistas de su novela a la hora de la instrucción militar, que el Dr. Brosius, antisemita pangermanista, en cuyas mejillas "se inflaman de colera las cicatrices de los duelos estudiantiles "ensaña su severidad en los ejercicios con León Silberstein, débil y dulce judío, tuberculoso. Una política rastacuera y megalómana tiene condenado a un ocio señero al padre de Ferde, el Comandante rojo, de quien Glaeser nos dice: "Herr von K.era netamente conservador, aunque muy cultivado. Y esta sola circunstancia bastó para convertirle en adversario decidido de Guillermo II que se apoyaba para gobernar en una burguesía semiculta y en la ideología irreal de unos cuantos profesores, y que prometían la hegemenía del mundo a un pueblo que no tenía siquiera gusto para vestir bien y comer con cierto esmero". El padre del protagonista, funcionario de extedtgisicología pequeño-burguesa, Vagamente irritado contra la subversión de las relaciones entre las clases, esperq un castigo de Dios, acaso una guerra, an te una episodio de sabotaje. Y un colega suyo se la augura: "Sería grandioso. Se ría un fortalecimiento magnifico para nuestra nación despues de tanto tiempo

de podrirnos en la molicie de la paz". Con este sentimiento. sólo encontremos el beato pacifismo del Dr. Hoffman, social-demógrata, enemigo de la violencia, que no podía dudar de la solicaridad internacional del proletariado.

Glaeser describe con fuerza insuperable el ambiente de una ciudad alemana en le los días de la deckaratoria de la guerra. Fresco un el sabofaje obrero y de la condena del social-democrata Kremmelbein, la unión sagrada borra los confines entre los partidos. Kremmelbein, obrero de análisis meticuloso y frío en la apreciación de los factores de la historia, presta ahora crédito absoluto a la afir mación de que se trata de una guerra de defensa nacional. Alemania no duda de su victoria. Una embriaguez bélica contagiosa, irrestible, se pone a todo razónamien to. La lucha de clases se somete a una tregua. Kremmelbein el nacionalista Rozosius fraternizan. Y con el mismo espíritu se sigue el desarrollo de la primera etapa. La decepción no empieza sino cuando la illusión de una marcha victoriosa por Occidente se desvanece, para ceder su puesto a la realidad de la guerra de trincheras, implacable y tramenda.

Pero el novelista na sipera en ningún momento esta descripción de la guerra en la retaguardia de la historia de su protagonista. El proceso de una adolescencia en la que el elemento sexual ocupa un lugar que en estos tiempos de freuzdismo a nadie le parece ecesivo, se enlaza y confunde con el proceso de la guerra. Glae Sser nos ofrece la versión más viviente y sincera de la vida de un adolescente. Bajo este aspecto, su novela se emparenta lejanamente en la literatura con El Diario de Kostia Riatzeb Glaeser no hace hablar sino a los hechos Pero, cuando intercala en su relato una observación tiene el acierto de esta:"En el concep to escolástico que las personas mayores se han formado de los niños hay un pre juicio fatal y es el de su primitivismo". No se concibe que el niño organice esp peculativamente sus pensamientos, que proceda sistemáticamente, con arreglo a un plan y proponiéndose un fin; que calcule, tantes, observe, poséa una lógica interior y una manera propia de argumentar. Y muchas veces los niños no tienen ya na da de "inocentes", sinó que son refinados en sus métodos como personas mayores. Lo que ocurre es que el niño, a diferencia de los grandes-y en esto consiste su inocencia"-no viste y disfraza coporajes de moralidad sus actos y sus sentimien tos, sino que ejecuta sin el menor

Lo que ocurre es que el niño, a diferencia de los grandes -y en esteeensiste su "inocencia"- no viste y disfraza con ropajes de moralidad susact
actos y sus sentimientos, sino que ejecuta sin el mener pudor todas las
porquerías y crueldades que se le ocurren. Su desamparo consiste en no saber
valerse todavía de esos recursos que permiten a los grandes dar un nombre
justificativo a sus acciones más ruines."

Distinta de la de Remarque, esta generación enjuicia, mucho más lucidamente mente, las responsabilidades de la guerra. No se siente, además, deshecha, anonadada, vencida. Tiene una necesidad absoluta de acción y de fe. Algunos escritores de la Alemania contemporánea la creen demasiado sensual, mecanizada y deportiva, desprovista de aptitud creadora. Glaeser defiende a su generación, fuera de su libro, contra esta crítica pesimista. Los que en 1912 tenían doce años no quieren que su experiencia sea estéril.